

Lourdes Palacios

SIEMPRE CERCA



SIEMPRE CERCA

Lourdes Palacios Herrero

Primera edición: junio 2017

ISBN: 978-84-9175-029-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Lourdes Palacios Herrero

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: 123rf - subbotina

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcircularojo.com
info@editorialcircularojo.com
Impreso en España - Printed in Spain

Dedicado a mi familia.

PRÓLOGO

Si remuevo entre mis dulces años de juventud e inexperiencia, siempre surge flotante aquel verano, cuando aún andaba conquistando el mundo, inexperta y alborotadamente. Quizá por ello, me decidiera a rememorar cada uno de los momentos que viví de la manera más extraordinaria.

Los recuerdos son humanos y saben a vida. Hay que coleccionarlos en estanterías de referencia para distinguir unos de otros, y así evitar amontonarlos como trastos viejos.

Todos evocamos épocas gloriosas de nuestro pasado que con el tiempo remodelamos, para censurar lo menos bueno y destacar en colores chillones las experiencias agradables; esas que luego desgastamos a nuestro antojo. Y así sin pensarlo mucho, un buen día nos vemos garabateándolas para todos, y en especial para nosotros mismos.

Estos son sin duda recuerdos grabados en mi memoria reciente, que me niego a desplazar a zonas más recónditas de mi cerebro, porque me encanta la sensación de poder volver a ellos siempre que me asalta la necesidad.

Puede que en este relato no haya logrado reflejar la autenticidad de aquellos días estivales, pero me conformo

con plasmar en estas páginas la esencia que le arrebaté, como las abejas hacen con el néctar de las flores.

El objetivo de este sueño está en esculpir sobre tinta y papel mis más preciadas vivencias, para cuando no pueda darle al botón del ayer, al menos haya otra oportunidad de poder revivir aquel verano de 1981...

1

EL LARGO VIAJE

Viernes, 31 de julio de 1981.

—Acércame esa camiseta. ¡La roja Sara! —pidió mi madre.

—¿Qué roja? —pregunté despreocupada.

—Sobre la que estás sentada. Toda la mañana planchando. —Desesperó.

—Qué injusta es a veces la vida, ¿no crees mamá? ¿Por qué ocurren sucesos tan terribles? No lo soportaré, no sobreviviré a algo así. —Una enloquecedora angustia me invadió.

—No te pongas melodramática, no es para tanto —contestó mamá sin dejar de organizar.

El trascendental cambio de rumbo que iba a sufrir nuestro verano fue considerado por mi madre como un suceso más de su encarrilada vida, frente a mi versión de verdadera desdicha y auténtica desgracia, difícilmente digerible. Su incomprensión incrementaba aún más mi tormento.

—¿No crees que algo así le puede cambiar a uno la vida?

—No exageres. Todo depende de cómo lo enfoques.

—Es horrible desde cualquier punto de vista. Me niego a pensar que no se pueda hacer algo. Por favor, mamá, ¡no quiero! ¡No puedo ir! —supliqué clemencia.

—¡Basta Sara! Tienes edad suficiente para entenderlo y aceptarlo.

—Pero mamá es horrible. —La melancolía me soterró—. No te imaginas lo doloroso que resulta solo de pensarlo. Creo que es lo más trágico que me ha sucedido nunca.

—No hay necesidad de tomárselo así. Tengo que terminar la maleta, preparar las tortillas, bañar a los mellizos y necesito estar concentrada para que no se me olvide nada. Allí no hay tiendas de las que poder tirar.

—Ni tiendas ni nada. Solo ganado, barro, montañas.

—¡Quieres dejarlo ya! Por favor, intenta buscarle el lado bueno como hacemos todos. Ahora he de terminar —dijo invitándome a salir con una torpe sonrisa.

Disgustada y desconsolada volví al salón donde mis hermanos, con su bendita inocencia, disfrutaban con Mazinger Z. Caminaba tan distraída que tropecé con las mil y una piezas del Exin Castillos desperdigadas por el suelo de la entrada. La espantosa noticia superó mi umbral del dolor, si no habíamos tenido bastante con el golpe de Estado y el atentado al papa Juan Pablo II, ahora esto, así de imprevisto. Tirada en el sofá elevé las piernas hacia la pared. Dos largas lágrimas se me escaparon. Un verano sin playa era un verano desperdiciado. ¿Qué se podía hacer en una aldea medio deshabitada? Morir en vida.

Sonó el teléfono. Los tres nos lanzamos como caníbales.

—¿Pero qué hacéis? —grité, mientras los mellizos se peleaban por el auricular—. Dadme el teléfono.

—Es para mí —dijo Pablo.

—¿Quién te va a llamar a ti, canijo?

—¡Mamá!, Sara me ha llamado canijo.

—¿Quién es? ¿Queréis callaros de una vez? —chillé a los dos monos que saltaban en el sofá mientras vociferaban: «¡puños fuera!». El llanto me invadió al oír su voz—. ¡María, que alegría!, necesitaba tanto hablar contigo. Tengo un grave problema. No tía, esta vez es muy serio. No se trata de ningún grano, es mucho peor que eso. No, no tengo que cortarme el pelo. Si me escuchas te lo cuento. Espera un minuto, voy a bajar la tele. —Solté el enorme auricular

beis y, en dos décimas de segundo, Martita me había robado el sitio—. Trae Marta que María no está para muñecas —dije arrebatándoselo, mas sin protestar volvió con sus Barriguitas—. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí!, “problemón, problemón”. Te vas a quedar helada; ¡no voy a ir a la playa! Nada tía, nada de apartamento. Me voy a Villar de Ciervos. ¿Qué dónde está eso? Ni lo sé ni me importa. Es una pequeña aldea pérdida, aislada, donde apenas viven tres o cuatro familias con el ganado. ¿Qué te parece mi buena suerte? Han ingresado a mi abuela en el hospital. No, allí no hay hospital, ni tiendas ni bares, seguro que ni tenemos luz y sabe Dios dónde tendremos que hacer nuestras necesidades. Jo tía, es el fin. Nada se puede hacer. —Volvieron las lágrimas. Para ayudarme, mi amiga del alma, me invitó a Murcia donde iría a veranear con su familia—. ¡Oh, María eres genial! Pero ¿qué dirán tus padres? De pronto he visto la luz de la esperanza. Ni mi poderosa imaginación hubiera dado con algo tan maravilloso. Veranear juntas, ¿cómo no se nos había ocurrido antes? Juntas y en la playa. ¡Tía, es un plan divino! Hablamos más tarde. —Colgué el teléfono y loca de contenta corrí a convencer a mi madre. Su respuesta cortó de cuajo mi alegría.

—Anda, anda —dijo sin mirarme mientras sus ágiles manos pelaban patatas a buen ritmo bajo la humeante sartén que se abrasaba al fuego.

Mi padre (al estilo *La casa de la pradera*) me explicó por enésima vez que no había alternativa: «En este momento esta es la situación. A veces el destino contradice nuestros deseos. No vivimos solos en este mundo, somos una familia y como tal hemos de comportarnos. Deber de familia». Al comunicárselo a María prorrumpí en un sollozo estrepitoso.

—Vamos Sara —aconsejó María—, si todo te lo tomas tan a pecho perderás la objetividad. Tía, puede que resulte mejor de lo que imaginas. Es causa mayor, tu abuela está enferma. —Su voz fue tan poco convincente que no consiguió, ni por una décima de segundo, que dejara de pensar

en mí. Como ser humano hago lo que puedo ante las situaciones que me superan y que no entiendo.

Definitivamente ese verano no sería mi verano de siempre: playa, arena, sol, amigos, socorristas... Me perdería todo eso y mucho más: tardes de diversión, noches de cine, estrenar mi bikini verde, reencontrarme con mis amigos y un largo etcétera. En mi interior creció la necesidad de buscar una solución a mis dos inminentes conflictos: la añoranza por la playa y la desgana por la aldea. Ir a veranear a aquel lugar supuso un monumental cambio en mi rutina. «¿Por qué la vida no sigue siempre su curso normal?» me pregunté una y otra vez.

Como no era mi intención acrecentar disgustos insistiendo en el tema opté por doblegarme. En la madrugada del uno de agosto iniciamos nuestras vacaciones estivales rumbo a la aldea. No quedó otra que confiarse al puro azar. Una vez nos abandonaron las tibias luces de la ciudad, adentrándonos en la carretera nacional, me derrumbé en el abismo de la desesperación. El largo viaje que se prorrogó por el tradicional atasco vacacional fue monótono, desesperante y a veces hasta inaguantable. Paramos a almorzar, pero transitaba tanta pena a la deriva por mis venas, que hasta mi bocata preferido me supo diferente. De nuevo en camino. Las canciones de Enrique y Ana sonaron una y otra vez, junto con las de los chicos de parchís y las de los payasos de la tele. Mi padre comprobó que dormíamos y entonces pasó a las rancheras de Roció Dúrcal, que tarareó a media voz. Gracias a mi imaginación me fugué a la alegre plaza donde solía veranear; llena de puestecillos con todo tipo de abalorios, de heladerías de ricos colores y el fantástico cine de verano; al atardecer gente arreglada y distendida cargaba de vida aquel entrañable lugar, con su puesta de sol centelleante sobre el ancho mar. Un verano en la playa configuraba mi felicidad terrenal. Tirando de mis dulces recuerdos evité volver a la realidad todo lo que me fue posible.

Sobre la media tarde nos aproximamos a nuestro destino. Durante muchos años el acceso a la aldea, alejado de las

rutas importantes de la Maragatería, fue por camino de tierra o de cabras, aunque no las hubiera. Llegaban a Astorga a lomos de caballería y cuando este medio de transporte desapareció, acercarse a sus casas siguió siendo, durante quinquenios, patrimonio del polvo en verano y del barro en invierno. Y poco había cambiado; el pavimento se resistía a llegar como la mayoría de los grandes avances. Con cien ojos tuvo que andar mi padre para evitar saltarse el acceso (no existía señal alguna) desde aquella carretera comarcal que se perdía hacia la base del Teleno. No obstante, una vez tomamos el desvío fue gratificante apreciar primero a la pequeña aldea de Valdemanzanas, acunada entre montes de robles y encinas, y después, a nuestra aldea Villar de Ciervos, asentada sobre un valle de colinas bajas al final del camino. Allí concurrían la soledad del invierno con unas cuatro o cinco casas abiertas todo el año y la solidaridad de sus gentes: «Si hace falta algo, para eso estamos».

Mi padre paró en seco y todos nos deslizamos al ritmo del frenazo.

—¡Maldita gallina! —dijo sin reprimirse.

—¿Qué ocurre, qué pasa, ya hemos llegado? —Despertó mamá.

—Papá casi pilló a la gallina —narró mi hermano señalando al animal que chulesco se cruzó a nuestro paso. La conversación continuó, pero yo desconecté y abatida caí en el más profundo desconsuelo.

Cruzamos Valdemanzanas, ubicado entre praderas, huertos y chopos. Pequeño en extensión, con casas bajas, algunas habían sufrido la restauración e imitaban a la arquitectura maragata.

Recorrimos varios kilómetros en llano, para descender hasta tomar la primera curva hacia la izquierda, la cual nos otorgó el permiso para divisar nuestra aldea dispuesta en un pequeño, pero majestuoso valle. En aquel momento, la desolación se apoderó de cada trocito de mi ser.

Villar de Ciervos una de tantas aldeas de la pedanía de Santa Colomba. Monte de roble con explanadas de bajo

matorral, junqueras y abundancia de charcas rodeaban la aldea. Naturaleza en estado puro, sin aditivos ni contaminantes. Como otras tantas aldeas de la zona que nunca aspiró a más, se mostraba tal cual era, pero sin el encanto de la buena época. Los grandes avances de la capital aún estaban por llegar (si es que lo hacían); únicamente el desgaste del tiempo había pasado por allí. Descendimos hacia el valle donde aparecieron las primeras casas recortadas entre arboladas de colinas cercanas. No quería mirar pero lo hice, y descubrí cómo la densa vegetación daba paso a calles sin asfalto, que presentaban a ambos lados dignos hogares de una planta iguales unos a otros. La mayoría, sobre todo los pajares, se mostraban en ruinas; tejados caídos dejaban a la vista la hierba que las había invadido. Por el número de viviendas debió de ser una aldea importante, pero ahora apenas quedaban unos diez habitantes. Por vejez o juventud habían mudado a las ciudades. Esta pequeña aldea se encontraba en estado de semi abandono, pero en la época estival algunas viviendas volvían a abrir sus puertas con la llegada de los veraneantes. Un arroyo la dividía en dos barrios: el barrio de la iglesia y el barrio del Solano. En el primero podíamos visitar la iglesia parroquial en honor de San Miguel Arcángel de finales del siglo XVII, aunque fue reedificada en el siglo XVIII (planta de cruz latina, torre cuadrangular y cúpula en el crucero, con imágenes de finales del siglo XIII). A escasos metros de ella, una pintoresca fuente abandonada, además de un pilón de agua potable y el cementerio. En el segundo (también llamado barrio de la ermita) las soberas aún resistían en las techumbres de antiguas casas y pintorescos pajares. Había varias fuentes de buenas aguas de manantial, una escuela de primeras letras y la ermita dedicada al santo Cristo de la Vera Cruz (recinto sagrado de arraigada devoción). Sin embargo, para sus aldeanos siempre serían el barrio de arriba y el barrio de abajo, así de simple.

Altos chopos y árboles frutales arropaban a casas de piedra, losa y cuermo (barro con paja de centeno similar al cemento), las cuales combinaban de mala gana con las casas

de ladrillo y uralita que habían sido restauradas, eliminando rincones emblemáticos. También había casas singulares, tradicionales y llenas de encanto, la mayoría con poyetes colocados cerca de la puerta principal y de los pajares donde apilaban la leña cortada, para sobrellevar el invierno.

Se decía que los maragatos, enamorados de su tierra, eran tímidos y sencillos a la vez que apasionados y cariñosos, pero por encima de todo, gente muy solidaria y amantes de esa soledad que da la montaña. Los hombres dejaban el cultivo de los campos al cuidado de las mujeres mientras ellos buscaban en el oficio de arriero el sustento. Pero esta aldea nunca fue un pueblo de arrieros, sino más bien de tejedores y pastoreo. Las principales actividades eran la agricultura, la horticultura, la apicultura y la ganadería. El poco terreno que se dedicaba al cultivo producía: trigo, cebada, garbanzos, arvejos, patatas y hortalizas de varias clases, pero todo en pequeñas cantidades; “para el arreglo de la familia”. El terreno dedicado a pastos tenía mayor extensión, por lo que la ganadería, sobre todo la vacuna, fue siempre la principal fuente de riqueza de esta zona, como pudimos comprobar nada más llegar, pues rebaños de ovejas y vacas inundaron las calles impidiéndonos el paso; la aldea se preparaba para la recogida del día.

Cruzamos el barrio de la iglesia hasta dar con un estrecho puente que franqueaba el arroyo y nos adentraba en el barrio de la ermita, donde mi abuela tenía una casa más o menos reformada. Pese a no querer, me fue imposible despegarme de la ventanilla. Mi curiosidad siempre fue autónoma. Por una calle empinada llegamos al que sería nuestro hogar los próximos días. Bajamos del coche, cientos de ovejas nos dieron la bienvenida. Mis hermanos corrieron desquiciados al encuentro, asustándolas. Un pastor saludó a mi padre con un efusivo abrazo, al resto nos besó en la mejilla clavándonos su dura barba e impregnándonos de ese olor a campo que allí se respiraba. Intenté hacerme la loca, estar fuera de todo, no saber nada de nadie.

Cuando entré en aquella vieja casa, antes cuadra de vacas, mis fuerzas tocaron fondo, no conseguiría aguantarlo,

tanto tormento acabaría conmigo, me ahogaba. «¿Por qué? ¿Por qué al destino se le antojó convertir mis fantásticas vacaciones en la playa, en un monótono verano en esta aldea? Al contemplar lo que me rodeaba la desolación me invadió y solo tuve aliento para preguntarme: ¿Y ahora qué?». Me sentía condenada al destierro. En el modesto recibidor de la casa había una percha de madera cargada de garrotas caseras y gorros de paja, desde él se accedía a una habitación, a un baño y a un saloncito, al que entré sin ganas. Su coqueta composición consistía en: una mesa plegada a la pared, un mueble auxiliar con un veterano televisor y su raquílica antena, una mesa baja a los pies de un sofá y un antiguo tapiz en perfecto estado (de dos ciervos de elegante cornamenta enredados en un bosque). Sobre el alféizar de la inapreciable ventana, recuerdos de bodas y comuniones: una paloma de porcelana amigaba con un cisne de cristal acompañado por su familia, enfilada de forma decreciente y compartiendo espacio con una caja marrón rectangular que resultó ser un transmisor Inter. Arrinconada quedaba una estufa de leña que calentaba toda la casa. Desde el saloncito podías entrar a la cocina y a un patio que conducía a la otra parte de la vivienda.

Cada descubrimiento alimentaba mi desolación. De pronto noté un olor repugnante, ¡mierda! La suela de mi sandalia estaba asfaltada de excremento animal. Aquello era imposible de asimilar. Mis padres entraron las maletas y me encontraron sollozando:

—¿Qué te ocurre? —preguntó mi madre.

—Me voy a morir —contesté.

—Vamos Sara, por favor, sé razonable —dijo frente a mí —, cambiar puede costar, incluso doler, pero no mata. No te lo voy a pedir más veces, toca colaborar. Todos tenemos bastante con lo que tenemos, no des más guerra.

—Pero mamá, esto es insoportable.

—Sara, hay que empezar con buen pie —propuso mi padre.

—No creo que eso sea posible —declaré melancólica.

—¿Cómo qué no? —exclamó papá.

—Acabo de pisar una mierda. —Rompí a llorar amargada.
—Dicen que trae buena suerte —afirmó mamá con una retraída carcajada, muy merecida.

Olvidaría este verano incluso antes de vivirlo. Tenía la intención de no hacer nada más que dejar pasar el tiempo y que me impactara lo menos posible. Ansiaba aislarme de la realidad, evadirme del mundo. Ese era mi plan, pero no fue un buen plan; insostenible pretender no tener contacto con el resto de la casa, cuando esta apenas superaba los treinta metros cuadrados. Pero en aquel momento no acerté a concebir otra estrategia y necesitaba tener una. Mis pobres neuronas adormecían para evitar malgastarse. Paradójicamente, mi familia alardeaba de ese ánimo que en mí escaseaba.

Mi padre nos desojó una a una las instancias del nuevo hogar. La vivienda constaba de dos casas separadas por un patio. En una de las casas estaba la cocina, el salón, el aseo y un dormitorio. En la otra más moderna había dos habitaciones y un recibidor. Tuve que compartir cama con mi hermana y habitación con ambos, porque la otra opción pasaba por dormir sola en el dormitorio más tétrico que jamás había visto (claro que tampoco tenía mucho mundo en eso de dormir fuera de casa). Este dormitorio se hallaba en la casa vieja o antigua cuadra de vacas. Era un habitáculo oscuro (hasta de día había que encender la luz), con una ventana a medio metro del suelo, de donde colgaba una cortina descolorida que aportaba la única nota de color a paredes encaladas, con restos de un mar de goteras. En una esquina, sobre un arcón de madera de roble, unos cuantos enseres de escaso uso y alto valor sentimental: un canasto de paja, una palancana desportillada, dos orinales llenos de desconchones y un par de jaulas de alambre oxidado. Más adelante descubriría lo que aquel viejo arcón atesoraba. En toda la casa el confort austero rayaba en la penuria, pero estaba limpia.

Esa noche a duras penas encontré el sueño (por más que lo intenté), ni contando ovejas que salían despavoridas por